

**DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO (C)**  
**Homilía del P. Lluís Planas, monje de Montserrat**  
**5 de agosto de 2007**  
**Ecleeo 1, 2; 2,21-23; Col 3, 1-5, 9-11; Lc 12, 13-21**

Parece que la primera lectura la haya escrito una persona desencantada, que está de vuelta de todo. No sé si muchos de nosotros diríamos que es un hombre que ya no le queda ningún tipo de esperanza, parece que la ilusión por ser alguien en la vida ha desaparecido. No lo sabemos. Da la impresión de que su vida haya perdido sentido: todo es vanidad, va repitiendo. Y bien, nos podemos preguntar si este Portavoz-del-pueblo tiene valores; ¿es decir, valora en su vida alguna cosa?

Personalmente me ha impresionado que se haya expresado de esta manera el Portavoz - del - pueblo, es decir, el que nos representa todos. ¿Me representa a mí? ¿A todos nosotros? Seguramente que ninguno de nosotros ha nombrado a alguien que le haga de representante en estos menesteres; pero sin embargo, ¿eran verdad sus comentarios? En el fondo, este Portavoz - del - pueblo, viene a ser como una segunda conciencia, escondida en lo más profundo de los nuestro ser, que se ha atrevido a decir algo que nos tiene que hacer repensar lo que somos, lo que hacemos, lo que decimos, lo que sentimos. Tratemos de ir más adentro. ¡Cuántos de nosotros nos hemos esforzado, y nos estamos esforzando, a lo largo de nuestra vida para trabajar tan eficazmente como nos ha sido posible; ¡quizás, incluso, nos atreveríamos decir que competitivamente hemos triunfado! ¿Por qué lo hemos hecho? Seguramente que aquí cada uno podría aportar su grano de arena, cada uno podría dar sus razones. Pero, al fin y al cabo, ¿qué hemos hecho de la vida?

El evangelio de hoy nos ha explicado una historia que, en muchos casos, ha significado la destrucción de la armonía de muchas familias. Lo que planteaba el Portavoz- del - pueblo, (esta conciencia más profunda), recordaba que, no sólo todo el esfuerzo que uno había hecho, finalmente acaba en manos de los que en nada habían contribuido a crearlo, sino, que su trabajo, su esfuerzo, había servido para que sus herederos, que son hermanos, se peleen. Cuántas familias han reñido por cuestiones de herencia. Y muchas veces sólo los ha llevado a vivir con un resentimiento el resto de su vida. Jesús hace un comentario que es clave para entender la propuesta espiritual que nos hace a los que queremos ser sus discípulos: «Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes».

Para entenderlo mejor, la parábola que Jesús añade sobre el que se ha hecho rico, es demoledora. Los valores de este hombre estaban centrados en él mismo: «túmbate, come, bebe y date buena vida» se decía a sí mismo. Pero Jesús recuerda que nuestra vida tiene sentido cuando nos damos cuenta de que más allá de nosotros mismos, hay una realidad que no tiene necesidad ni de posesiones, ni de poder, ni de dominio, (que es para lo que muy a menudo sirve el dinero), y en cambio tiene necesidad de estar uno mismo abierto a Dios. Jesús le dice, « esta noche te van a exigir la vida». ¿Cuál es, pues, la deuda de esta vida que no se puede pagar con dinero?: es el don de la misma vida; el don de reencontrar la vida junto con la vida de los otros, es el don que Dios nos ha hecho: tener la capacidad de reencontrar y acoger al otro como el mismo Jesús. El don del amor de Dios. El amor de Dios es rico en humanidad, por el amor a Dios nos enriquecemos de humanidad.

Pablo decía a los cristianos de Colosas, «habéis resucitado con Cristo», dicho de otra manera, vivís porque Cristo os ha dado el sentido que tiene la vida, y por lo tanto, insiste «buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo ... aspirad a los bienes de

arriba», dad valor a aquello que Cristo nos ha enseñado a valorar. Que los valores de la vida no sea aquello «terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia» o quizás hoy Pablo nos diría: no hagáis que el erotismo, el hedonismo, la agresividad, y todo aquello que os hace dependientes y, por lo tanto, os quita la libertad, éste vivir pendientes casi exclusivamente de dar una buena imagen, de prestigio, el insaciable deseo de tener más y más, sea lo que más valoréis, sea la brújula de vuestras actitudes, porque eso es idolatría.

Deja que los valores de Cristo se apoderen de ti, para que con Pablo puedas decir, no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Para que cuando Dios nos reclame la deuda de la vida pueda ver que hemos trabajado para enriquecernos de su vida. Quizás ahora pensamos que, en esta sociedad que estamos viviendo y que nos presiona tanto para que tomemos como modelos aquellos que son ricos y triunfan en la vida, no lo sabremos hacer: Dile lo que el salmista le ha rezado: «Señor, enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Haz prosperas las obras de nuestras manos».